

VIERNES SANTO - CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
24 de marzo de 2016
Is 52, 13-53, 12; Heb 4, 14-16; 5, 7-9; Jn 18, 1-19, 42

Allí, en el Gólgota, *lo crucificaron*, ha dicho el evangelista. Hermanos y hermanas: nos hemos reunido esta tarde para recordar la pasión y la muerte de Jesús y recibir su gracia salvadora. El momento culminante de la acción litúrgica del Viernes Santo es precisamente la proclamación de la pasión de Jesús según el evangelio de San Juan.

Primero hemos oído al profeta Isaías que ha descrito el sufrimiento tan cruel del Siervo del Señor que se hace solidario de los hermanos y los cura con sus sufrimientos. El Nuevo Testamento ha visto en este Siervo sufriente una profecía de Jesús. Isaías, sin embargo, antes de describir el sufrimiento de este Siervo, dijo, en nombre de Dios: *Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho.*

Subirá y crecerá mucho. En el evangelio según San Juan, varias veces Jesús habla de ser elevado, ser puesto en lo alto, en referencia a su muerte. En una de ellas dice: *Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.* Y el evangelista comenta: *Esto lo decía dando a entender la muerte de qué iba a morir* (Jn 12, 32-33). Es decir, en lo alto de una cruz.

En el relato de la pasión que acabamos de escuchar, el evangelista se ha limitado a decir: *allí lo crucificaron*, pero la expresión ser *elevado* repetida unas cuarenta veces a lo largo del evangelio para referirse a la muerte en cruz, es como un estribillo que indica un tema importante. Decir simplemente que *lo crucificaron*, expresa un hecho temporal, externo, explica lo que todo el mundo presente podía ver: la debilidad, el sufrimiento, los clavos que habiendo traspasado los extremidades de Jesús iban adentrándose en la madera para fijarlo a la cruz, y, aún, la muerte de un condenado a aquel suplicio atroz. En cambio, hablar de ser *elevado* para referirse a la crucifixión, es considerar el hecho en su trascendencia, en una dimensión que sólo puede captar la fe. En este sentido, en el Evangelio según San Juan, la expresión ser *elevado* tiene tres dimensiones entrelazadas, vistas como una sola realidad espiritual y teológica. Son: el ser elevado en la cruz cuando es levantada de tierra y Jesús queda suspendido entre el cielo y la tierra, al levantarse del ámbito de la muerte en la resurrección, y elevarse hacia el Padre para entrar en *aquella gloria* que el Hijo *ya tenía antes de que el mundo existiera* (Jn, 17, 5). Con estas tres dimensiones, que el evangelio considera juntas en el momento de levantar la cruz, nos manifiesta toda la verdad de Jesús crucificado. Él es la Palabra eterna del Padre, la Palabra que *era Dios* (cf. Jn 1, 1), que ha asumido nuestra condición humana y ha abrazado la muerte en su forma más horrible e inhumana. Es, por tanto, el Señor que da voluntariamente la vida en la cruz y la vuelve a recuperar en la resurrección (cf. Jn 10, 17-18). Ya lo había reportado san Juan en otro pasaje de su Evangelio, donde Jesús dice: *Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que yo soy* (Jn 8, 28); es decir, conoceremos la verdad de su persona, conoceremos su condición divina y su donación por amor.

Elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí, tal como había dicho. Unos porque nos sentimos atraídos por la grandeza de su persona, por la belleza de su Evangelio y por su amor hasta el extremo, y acudimos con confianza en él porque le quieren agradecer la liberación que nos ha otorgado y queremos que nuestra vida se parezca a la de él. Otros, en cambio, alejan su mirada de él porque lo tienen *por nada*, porque piensan que no pueden esperar nada de un crucificado que no tiene belleza ni encanto, de un fracasado sobre una cruz que es escándalo para unos y un absurdo para otros (cf. 1Cor 1, 23). Pero también hay muchos, quizás la mayoría de la

humanidad, que son atraídos por él aunque no lo sepan, son los que buscan el bien, la verdad, la paz, el amor indefectible, la felicidad, la inmortalidad, ... realidades que sólo se encuentran en plenitud en Jesucristo.

Las tres dimensiones que toma la elevación de Jesús según el evangelio de san Juan, nos hacen caer en la cuenta de que la cruz de Jesucristo, no es sólo un instrumento de suplicio, sino que es ya un trofeo de gloria. Y que todo el proceso de la pasión es en su realidad profunda una manifestación de la santidad, de la grandeza, de la trascendencia de Dios. Es un proceso que cambia todos nuestros esquemas mentales porque hace brotar la vida y la salvación de lo que a los ojos humanos es muerte y deshecho. Y por eso, ante la cruz, la Iglesia canta el trisagio a Jesucristo crucificado, como haremos respetuosamente durante la adoración de la cruz. La invocamos como "Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal", tal como nos recordaba una lectura que hemos escuchado en los maitines de hoy. "Santo Dios" porque vemos en el crucificado del Gólgota aquel que es la Palabra eterna de Dios, vaciado de sí mismo, que actúa como hombre pero haciendo lo que es propio de la generosidad de Dios para la liberación de la humanidad; nos maravillamos y alabamos aclamándole: "Santo Dios". Hecho hombre, ha tomado voluntariamente sobre él las debilidades, las enfermedades, las injurias, los sufrimientos, el pecado de todos, y en la debilidad de crucificado sin fuerzas humanas nos ha hecho ver la fortaleza con la que nos ha amado y nos ha salvado llevando hasta el límite su combate contra las fuerzas del mal, por eso lo aclamamos: "Santo Fuerte". Y la fe en la resurrección de Jesucristo, tras asumir realmente la muerte, nos hace decir la tercera aclamación: "Santo Inmortal". Terminada la triple aclamación, añadimos: "ten piedad de nosotros", conscientes de nuestra debilidad y de nuestro pecado, conscientes, también, de todo el mal del mundo y del sufrimiento inmenso que conlleva (cf. San Severo de Antioquia, *homilía Catedral*, 125).

Como hijos de la Iglesia, y de modo particular en este Año de la Misericordia, estamos llamados a curar las heridas de nuestros hermanos, "a aliviarlas con el aceite de la consolación, a vendarlas con la misericordia y curarlas con la solidaridad" (cf. Francisco, *Misericordiae Vultus*, 15). Por eso, en este día que comprendemos hasta donde llega la generosidad de Jesús, la Iglesia nos invita a participar en la Colecta Pontificia por los Lugares Santos, para ayudar en la obra de atención pastoral, social y cultural que la Custodia de tierra Santa hace en Israel, Palestina, Jordania, Egipto, Siria, Líbano, Chipre y Rodas. Quienes lo deseen, podrán hacer su aportación al final de esta celebración.

La cruz de Jesús elevada entre el cielo y la tierra es la medida del amor de Dios y del valor del ser humano. Nosotros lo hemos de testimoniar de palabra y con obras. Es la consecuencia de reconocer en el crucificado al Dios Santo que por nosotros se hizo hombre, al Dios Fuerte que en la debilidad del cuerpo humano nos ha mostrado la fuerza del amor y de la vida divina, Dios Inmortal que para nosotros fue crucificado y "con la muerte ha vencido a la muerte" (cf. Tropario bizantino de Pascua).